

EL ALLÍ DE ENTONCES DESDE EL AHORA.....

.... En toda guerra, a los civiles nos toca el triste rol de ser testigos obligados de la agonía de un modo de vida que ha sido muy nuestro y que se va muriendo poco a poco entre los estallidos de las bombas que se intercambian, de ida y vuelta, los enemigos de turno. Teniendo el hambre como compañera inseparable y acostumbrarse a ella como algo cotidiano con lo cual se amanece y se duerme, sin solución de continuidad.

Llegar a la conclusión de que esa sensación es la normal y que es mentira el cuento de que alguna vez alguien se sintió satisfecho y que pudo soñar otra cosa que no fuera una flotilla de platos repletos de comida volando por los aires, dejando tras de sí una estela de apetitosos perfumes. Esos, sin duda, fueron mis primeros avistamientos de lo que, algunos años después, conocería como platillos voladores.

Un día, sin embargo, se produjo una suerte de epifanía producida y representada por mi madre que me preparó definitivamente para emprender el camino del teatro, de esa ficción efímera que es más potente que la misma realidad. Permítanme tratar de relatarla así, como aún sigue viva en mi recuerdo, después de casi sesenta años.

LA EPIFANÍA.

Una tarde de invierno, después de la enésima alarma aérea que nos hacía subir y bajar como tromba las largas escaleras (vivíamos en un sexto piso, sin ascensor), estábamos tapando las ventanas con las acostumbradas frazadas antes de encender las pocas lámparas disponibles, para que la luz no filtrara al exterior y cumplir así la ordenanza antiaérea.

Nos esperaba una noche de aquellas en las que los ruidos del estómago vacío sonaban a trío en el dormitorio de los tres hermanos di Girólamo. Ya habíamos hurgado en todas las ollas de la cocina sin resultado alguno y nos aprestábamos a dar el eufemístico saludo de las "Buenas noches", cuando mi madre nos detuvo con una simple y escueta orden:

“Ayúdenme”.

Con gestos decididos se dirigió al mueble del comedor y comenzó a sacar mantel, servilletas, cubiertos, vajillas y copas, mientras organizaba a los tres muchachos en la preparación de la mesa. Recuerdo que nos llamó la atención que salieran de los cajones las mejores piezas, aquellas que, antes de la guerra, se usaban para las grandes festividades de la Navidad y del Año Nuevo.

Con una mirada de complicidad, mientras tanto, mi padre había desaparecido hacia su taller, al otro extremo del departamento.

Unos viejos candelabros completaron el espacio escénico, dándole el toque “viscontiano” que faltaba...

Al rato mi padre ingresó al comedor con un block de dibujo y varios lápices. Ceremoniosamente, los entregó a mi madre. Ella fue depositando en cada plato una hoja y un lápiz y nos convidó a sentarnos.

En aquel entonces se acostumbraba rezar antes de cada comida.

Recuerdo, claramente, las sencillas palabras de aquella oración: “Señor, bendice los alimentos que vamos a comer y haz que a los niños pobres nunca les falte el pan, amen”. Pero, ¿de qué alimentos estábamos hablando en esa ocasión, si los platos vacíos apenas exhibían un papel y un lápiz, no muy comestibles ni apetitosos que digamos...?

Fue entonces cuando la voz de mi madre sonó alegre encima del desconcierto de los niños: “¡Dibujen lo que quieren comer!...”

Y allí se produjo el milagro... Azuzados por mi padre, gran maestro pintor, comenzamos a dar rienda suelta a la imaginación más desbordante y al hambre apenas contenida.

Dibujábamos con apuro, con gula mal disimulada, pavos y cerdos, corderos y vacunos. Adobados en mil formas. Compusimos, entre risas, platos extraños con mezclas exóticas nunca vistas ni imaginadas antes, adornados con fantasía desbordante. Pronto, hicieron falta los lápices de color... Y las salsas y las carnes adquirieron peso, espesor, sabor, calidad táctil y gustativa.

De inmediato, comenzó el mercadeo: “¡Cambio cordero por vacuno!” “¡Dos porciones de tallarines con salsa boloñesa por pescado al horno!”, “¡Timbal de queso con carne por strudel de manzana!”... ”¡Champaña francés por vino siciliano!”... Y vamos tomando agua y riendo y haciendo fiesta, mientras los papeles volaban por encima de la mesa, al ritmo de ese trueque gozoso...

Al rato, nos fuimos a acostar con los estómagos vacíos, pero felices...

Ya no teníamos hambre... Ella había desaparecido, tragada en el torbellino de voces y risas que no le dejaron espacio para que siguiera doliendo...

.....

A la distancia, hoy pienso que en ese lejano 1942 se produjo un milagro de alquimia. Esa noche, la materialidad del hambre se transmutó en FIESTA. Fue el momento en que mi madre logró poner en escena la metáfora más impresionante que yo haya visto nunca en un escenario. Es la misma que me ha seguido acompañando en todo mi caminar de teatrista, sobre todo en esos momentos en que, en el montaje de una obra, uno se encuentra acorralado, seco en la imaginación y dudoso de sus escasos talentos.

Además, en los intersticios más recónditos de mi conciencia, ha depositado una fe a toda prueba en la capacidad de la imaginación para cambiar físicamente la realidad y, sobre todo, en que cada situación límite trae consigo, en su interior, los elementos para superarla a golpes de amor y de osadía...

ACÁ, DESDE EL AHORA

.....

En Chile, en el grupo Ictus, planteábamos que el teatro, más que una disciplina artística, es una forma de vida. Con la arrogancia y la intuición de la juventud, dimos en el clavo en lo que eso significa de compromiso y constancia, de amor y de luces y sombras compartidas.

Varias generaciones han sido nuestras cómplices, de palabra y de hecho, en esta premisa y elección de modo de vivir, sorteando muchos obstáculos y reiteradas tentaciones. Nuestro intento se ha teñido con

toda la historia del pequeño país de donde vengo y que he elegido y que me ha acogido como mi segunda patria.

Allí están mis nuevas y ya antiguas raíces en su territorio y en su sangre, en el tiempo gastado y, sobre todo, en la entrañable sala La Comedia que conocí en el lejano 1962, del otro siglo, cuando ella aún no había nacido.

... Pasará más tiempo, pero a estas alturas nada podrá borrar mi relación de amor con ella.

Para demostrarlo y declararlo, retomo un momento del año 1982, en plena dictadura, a la víspera del estreno de “Sueños de Mala Muerte”, que nuestro gran José Donoso compuso junto al Ictus. Es, tal vez, uno de los pocos ejemplos de una carta de amor dedicada a un espacio teatral, que se puede entender mejor a la luz de lo que sigue....

“Veinte años después”

... Sentado a oscuras, con la pequeña luz de trabajo en el tablero apoyado en mis rodillas, miro el espacio oscuro, negro de tu escenario. Todo está silencioso aquí abajo. Ya no sé si arriba es de día o de noche: el murmullo de la ciudad no se oye... estoy aquí ahora para recordarte y repensarme.

Hace mucho tiempo, te conocí desnuda, llena de andamiajes que obligaban a imaginarte más que a descubrirte; cuando sala y escenario eran una sola cosa informe.

Te he visto nacer en tus muros, en tus butacas, en los rincones escondidos de los camarines y de los servicios. He visto desenrollarse los cables, embutidos hoy en tu piel, que llevan desde la cabina la luz que hace vivir el espacio reducido del escenario.

Al mirarte ahora, tengo la pretensión de conocerte mejor que nadie. De saber tu historia incluso antes de que nacieras. De cómo te querían convertir en bodega, o en algo más útil. De cómo te rechazaron por tu ubicación, lejos del foco bullicioso del centro.

En tus muros, como en los troncos de los árboles, está escrita, por capas, la historia de tu metamorfosis. Pasaste de blanca a azul, a roja, a negra; han desaparecido muros, han aparecido otros. Tú, pacientemente, te has

adaptado, has aceptado que te “reinventaran para poder sobrevivir”.

Has sido lugar de encuentro para algunos, lugar de paso para muchos. Has acogido nuestra historia personal y colectiva con paciencia y fidelidad. Todo esto es cierto. Pero hoy vengo a hablarte de nosotros dos, de ti y de mí, solos. De lo que me has dado, pero también de lo que me has quitado.

Veinte años, como diría don Eustaquio, ese entrañable personaje medio loco y muy sabio de “Lindo país esquina, con vista al mar”, son toda una vida. Nos encontramos en otro tiempo, en otro Chile, con ganas de hacer y de soñar.

Nuestras vidas empezaron a hacerse mutuamente sin miedos, hasta diría con alegría y entusiasmo. Me gustó tenerte, sentir que con el tiempo la permanencia se iba transformando en pertenencia. Ver llenarse tu espacio de oídos atentos y mentes abiertas. A través de los años, que me perdonen, me sentí haciendo HISTORIA, así, con mayúscula, contigo. Algunos de los que se sentaron entre los primeros en tus butacas, siguen viniendo. En ellos veo el paso del tiempo. Sus primeras canas me recuerdan cuánto te debo y también cuánto me has quitado.

Le has dado un lugar a mis ilusiones y mis esperanzas. Has logrado enredar mi vida contigo. Por eso te quiero. Pero también te odio, porque al retenerme me has domesticado un poco, me has obligado a quedarme, a instalarme; me has tratado de convencer que sin ti no puedo vivir. A lo mejor es cierto; pero tengo que ser franco contigo, especialmente hoy. Tendré que dejarte, tarde o temprano; o tú me dejarás. La “comedia” seguirá en otras partes para mí; para ti, aquí, con otros.

Como todo lo que no es eterno, un día, por muy lejano que sea, caerás bajo la picota de la demolición para dejar paso a lo nuevo. Tu muerte dará paso a otras vidas.

No sé si estaré a tu lado ese día. Sólo quiero decirte hoy que, pase lo que pase, ha sido hermoso vivir contigo. Que los pequeños y grandes secretos que compartimos, las victorias y las derrotas, la magia y los sueños que hemos contribuido a crear, no desaparecerán. Quedan prendidos en otras existencias, desconocidos para muchos, pero vivos. Ampliarán, de alguna manera, el mundo por venir...

.....

Empiezas a llenarte de los ruidos familiares. Comienza de a poco el trajín preciso de los técnicos; el saludo de los primeros actores llegando interrumpe la quietud. El paréntesis, nuestro paréntesis ha terminado.

La presencia de José Donoso me trae a la realidad. El trabajo sigue su curso. El ambiente se pone febril, se entrecruzan las primeras órdenes. Tu espacio, nuestro espacio, se va poblando de otras presencias, tal vez más vivas, más poderosas.

Entran el “maestro Osvaldo” con “el viejo chico”, trayendo una bandeja llena de un muestrario de tazas y vasos con café y té. ¿Cuántas sacarinas? ¿Quién tiene una cuchara?... El cuchicheo de la rutina del encuentro cotidiano, familiar y a la vez siempre nuevo...

Sin saber cómo, me encuentro de nuevo en la oscuridad, la pequeña lámpara azul de trabajo encendida, y miro con extrañeza mi mano anotando en un cuaderno, arriba a la derecha de la página: 4 nov. 1982, 19,47 hrs. Primer Acto. “Sueños de mala muerte”.

Mi voz me llega de otra parte: “Ya, “chico”, cuando quieras”

Las luces de la sala se van apagando; en el escenario, sólo las cortinas iluminadas con el 2 y el 3 al 50%, el 10 al 40% y el 11 al 50%.

Salen, muy lentamente, las luces. Un segundo de oscuridad. La sala se llena de los compases de “La Chica del diecisiete”. Comienza otro ensayo general...”

.....

En efecto, ya han transcurrido muchos años desde nuestra separación... Fue en 1986, después de veinticuatro de una unión casi perfecta. Algunos de los que me acompañaron ya no están con nosotros: el flaco Osvaldo, Roberto Parada; Juan, el utilero.... Sin embargo, los traigo y los traeré siempre conmigo, en mi mochila, entre mis mejores recuerdos...

Las palabras, que recordé aquí, fueron premonitorias. Empecé un día otro camino, más abierto e inseguro, más lleno de hechos y personas imprevisibles, en un momento en que aún se veía lejos la libertad soñada

y luchada. He seguido, tozudo, escribiendo, dirigiendo, enseñando en mi país y en muchos otros lugares.

Hasta viajé por el mundo con unos entrañables “Payasos de la esperanza” que se negaban a perder la suya, a pesar de sus miserables vidas.

Yo también me he negado a perder la mía... La sigo alimentando día tras día, con dedicación y constancia, como el tesoro más grande que aún llevo en mi mochila. Me ayuda a seguir en este ya muy largo caminar el ejemplo de muchos y muchas jóvenes como ustedes que, con valentía, deciden entregarse a esta profesión de fe que es el ARTE. No sé lo que sucederá en el futuro; qué nos está reservado a aquellos y aquellas que nos negamos a olvidar nuestros sueños y que queremos seguir soñándolos, llamando, desde nuestras obras, a todas y todos a soñarlos con nosotros a pesar de las más implacables tentativas para impedirlo.

Creo, firmemente, que ellos son los únicos que nos pueden devolver las fuerzas que a veces flaquean, recomponer las esperanzas trizadas e impulsarnos a seguir luchando para instalarlos definitivamente en nuestras sociedades como los más firmes pilares sobre los cuales construir un mundo más humano para todos.

Claudio di Girolamo